

III

El sargento Bourrelier empujó la puerta del Café des Amis y entró, seguido por el soldado Brû. Se instalaron en su lugar de costumbre y, sin que le hubiesen pedido nada, Didine les llevó el tapete verde, las cartas grises, un pernod para Arthur y un vino blanco con sifón para el soldado Brû. Arthur y Brû jugaron a las cartas durante una hora larga y, como los otros días, ganó el sargento. Tomaron entonces su aperitivo a sorbitos, Brû con más precaución, ya que, desde que había estado en la colonia, con sus enfermedades hepáticas y sus insolaciones, temía siempre que un pequeño exceso de alcohol le marease.

Cuando terminaron, se miraron con simpatía y, como de costumbre, el sargento propuso:

—¿Otra?

—¿Te apetece?

—Nos jugamos una ronda más.

Jugaron y Brû perdió de nuevo. El segundo vaso lo bebió todavía más despacio que el primero. Después de algunos sorbitos lo dejó en la mesa, y sin mirar a su compañero le anunció que no se reengancharía.

—¿Lo has pensado bien?, preguntó Bourrelier.

—¿No reengancharme?, sí.

—Y, dime, ¿qué vas a hacer en la vida civil?

—Pues no sé.

—No tienes oficio, creo.

—Crees bien.

—¿Entonces?

—He pensado en barrendero.

—Eso no tiene mucho futuro, barrendero. Sobre todo con los adelantos de las máquinas.

—De todos modos siempre se necesitará al perfeccionista en algunos lugares: las callejuelas, los rincones, los lugares de difícil acceso. Por ejemplo, si un automóvil está aparcado, una máquina no puede hacer nada, mientras que yo, yo siempre podré dar un barrido ahí, y la cosa estará más limpia. Yo creo que el barrido a mano conocerá todavía días gloriosos.

—Quizá. Pero en cualquier caso las máquinas tienen más futuro.

—No entiendo de eso.

—Si te reengancharas en ferrocarriles o en ingenieros, saldrías con un buen futuro, como dicen en la propaganda.

—Ya te he dicho que no quiero reengancharme.

El sargento Bourrelier dejó escapar un suspiro:

—Con la escoba jamás podrás mantener una mujer e hijos.

—Yo no he dicho nunca que quisiera mantener una mujer y tener hijos.

—¿Preferirías quizá que fuese tu mujer la que te mantuviese?

Brû le miró, muy sorprendido.

—¿Eso existe?

Arthur soltó una carcajada. Luego, poniéndose serio:

—Incluso te he encontrado una.

—¿Tú? ¿Una qué?

—Vamos a tomar otra. Esto tiene gracia.

—No, gracias. Ya he bebido bastante.

—No irás a rechazarme un vasito.

—Está bien, como quieras.

Esperaron en silencio a que Didine les llevara los vasos, siempre algo más llenos los de la tercera ronda. El sargento chocó el suyo con el de Brû y dijo:

—¡Por tus amores!

—A ver, cuéntame esa historia.

El soldado Brû preguntaba sólo por complacer a Bourrelier, pues aquello no le interesaba realmente.

—Muy sencillo, has ligado.

—Imposible, dijo Brû. ¿Y quién es?

Le traía sin cuidado, por supuesto, pero el otro se hubiera ofendido si no le hubieran preguntado.

—¿Recuerdas la mercería de rue Gambetta, poco antes de girar por la rue Jules-Ferry, entre el cuartel y el curro?

—No.

—En el escaparate tiene montones de cintas, de botones, de bisutería, vamos, como en todos los escaparates de mercería, diría yo.

—No lo he visto.

—Pues yo sí lo he visto.

—Pues yo no.

—En fin, da igual. A partir de ahora la verás.

—¿Y por qué la veré?

—Ya lo verás.

El soldado Brû adoptó la postura de oyente atento sentado.

—Pues bien, ya ves tú, empezó diciendo Bourrelier, la dueña de esa tienda está prendada de ti.

—No la conozco.

—La conocerás.

—¿Por qué la conoceré?

El sargento dio un golpe en la mesa:

—¿Vas a dejarme hablar, sí o no?

—Te escucho, te escucho.

Brû notaba cómo el vino blanco con sifón se le subía a la cabeza.

—Bueno, pues te digo, prosiguió Bourrelier, que la mercera se ha encaprichado de ti y se ha propuesto casarse contigo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo ha dicho su hermana.

—¿Conoces a su hermana?

—¿Me dejas que te lo cuente de una puta vez?

Brû cierra el pico y Bourrelier continúa:

—Al salir del curro este mediodía, tú has girado a la derecha y yo me he dirigido a la cantina. Me preguntaba en ese momento qué habría de rancho, esperaba que hubiese callos con puntas de espárragos, me decía que eso al menos cambiaría los corazones de alcachofa Soubise, tiene gracia ¿no te parece?, precisamente en el momento en que yo estaba empezando a estar harto de los corazones de alcachofa Soubise, cinco veces la última semana, ¿te imaginas?, justo en ese momento me aborda una mujer, pero qué mujer, tío, un pibón, una tía buena de verdad. La hostia, me dije, no son horas de hacer la calle, pero no era nada de eso lo que ella quería. Enseguida me empezó a hablar de ti, ¿me sigues?

Brû movió ligeramente la chola para decir que sí, que le seguía.

—Fuimos a tomar una caña juntos y entonces me pidió que le contara todo lo que sabía de ti, y entonces le conté todo lo que sabía de ti.

—¿Y tú qué sabes de mí?

—¿Es un buen chico?, me preguntó ella. Eso sí, respondí yo. ¿Qué edad tiene?, me preguntó. Veinticinco años, respondí. Entonces me preguntó: ¿Es un soldado de carrera? Le respondí que ibas a ser licenciado en un mes. Y añadí: Pero no me extrañaría que se reenganchase. ¡Oh!, ha exclamado, dígale, señor sargento, que no haga una gilipollez así, que mi hermana está colada por él, y va en serio; él atenderá la tienda con ella, harán buenos negocios, e incluso más

adelante podrán comprarse una casa en el campo. Y luego me ha cogido del hombro suplicándome que impidiera que te reenganchases en el ejército.

—¿Y eso es todo lo que le has dicho de mí?

—¡Oh!, eso le ha bastado. Que eras serio y no un borracho, sobre todo eso. Lo de que no eras un borracho le ha gustado. Que eras huérfano y habías nacido en Vésinet y te habías alistado por cinco años y que volvías de Madagascar. Eso es todo. Estaba muy satisfecha con todo eso. Sobre todo con lo de que no eras un borrachín. Eso le ha causado muy buena impresión.

—¿Y no te ha preguntado si tenía algún rollo?

El sargento Bourrelier reflexionó.

—No, dijo, no dijo nada sobre ese capítulo.

Esta constatación los dejó pensativos.

—Oye, prosiguió el soldado Brû, ¿no son las mujeres las que suelen hacer eso, por regla general?

—¿Las que suelen hacer qué?

—Informarse sobre los hombres.

—Claro que sí. Los familiares siempre investigan un poco. Es lo normal. Y en su caso su familia es su hermana, una tía que está buenísima, no te digo más. Tienen también una madre, pero vive en la capital. Por eso es la hermana la que se ocupa del servicio de inteligencia.

—De todos modos, en general, es siempre el hombre el que da los primeros pasos.

—En Madagascar tal vez, pero en Francia eso ha cambiado. ¿Por qué las chicas no iban a ir detrás de los chicos?

—No sé.

—En Francia a menudo son las señoritas las que piden en matrimonio.

—Entonces, ¿es oficial?

—Espera un poco. La hermana va a llevar a su hermana todos los informes que ha recogido sobre ti gracias a mí, y,

si le parecen buenos, la mercera ya te buscará. ¿No tienes familia, verdad?

—No. Pero de todos modos, dijo el soldado Brû bajando la mirada, ¿no puedo informarme yo sobre la mercera?

—Un pequeño comercio, eso no se rechaza. Goza de una buena situación tu futura. Puedes quedártela con los ojos cerrados.

—De eso se trata precisamente. Puede ser fea.

—¿Y te vas a hacer el estrecho? Tú, que no tienes ni un oficio. Que cuando te he preguntado antes me has contestado que barrendero. ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¿Y te vas a hacer el interesante porque te ofrecen un pequeño comercio que marcha bien?

—Sí, pero imagínate que le faltan las piernas.

—¿Y? Para empezar, no creo que eso sea peor que cualquier otra cosa, y además su hermana me lo habría dicho.

—Pero me gustaría estar seguro.

—No te van a poner una venda en los ojos en el juzgado.

El soldado Brû, con aire soñador, se echó al colete su tercer vino blanco con sifón. La cabeza le daba un poco vueltas.

—Tiene gracia la cosa, murmuró.

—Menuda potra la tuya, dijo el sargento Bourrelier dándole una buena palmada en el hombro. Justo en el momento en que te ibas a quedar sin blanca te ofrecen un hogarcito. No tienes motivos para quejarte, ¿no te parece?

El soldado Brû no respondió nada.

—¿Qué es lo que pasa ahora?, preguntó Bourrelier.

El otro dudaba un poco.

—Nada, dijo Brû. Nada.

Lo que le preocupaba era que tenía que devolver a Bourrelier su ronda, y si se bebía un cuarto vaso de vino blanco con sifón se emborracharía. No solamente la costumbre exigía responder a una invitación con otra, sino que tenía que demostrar su agradecimiento a un hombre que acababa de

ofrecerle un ventajoso matrimonio ya cocinado y en bandeja, por decirlo así. Tenía que demostrar su agradecimiento, aunque fuera a costa de emborracharse.

—Didine, llamó.

—Deja, dijo Bourrelier, invito yo. La última solamente. Las otras dos las has perdido.

—Pero tomamos otra.

—No, tío, no, ya basta. Voy a llegar tarde a la cantina y no quiero perderme el primero. Te imaginas, hay sopa Dubarry para empezar y no quisiera perdérmela. Y una vez más mi enhorabuena. Los hay con suerte.

Y antes de irse le propinó una enérgica y amistosa palmada, mientras Brû esperaba su cambio.

—¿Le ha tocado la lotería?, preguntó Didine.

—¿A mí?, no. Nunca compro lotería.

—Yo siempre compro un décimo.

—¿Y te ha tocado?

—No se preocupe por mí, señor Brû. Pero ¿por qué el señor Bourrelier le ha llamado suertudo?

—¿Te interesa?

—Sí, soy muy curiosa.

—Pues bien, voy a casarme.

—¡Oh!, qué pena.

—¿Por qué te parece una pena?

—Pues porque ya no le veré más.

—Casarme no me va a impedir venir.

—Pero no será lo mismo.

—¿No tendrás una moneda de cinco francos?

De buena gana le hubiera dejado un franco de propina en lugar de diez céntimos, pero sentía vagamente que una extravagancia semejante sería una gran falta de tacto por su parte.

—Hay una cosa curiosa, dijo Bourrelier, que había vuelto a entrar, que te tengo que decir: al parecer no figuras en los efectivos de la Plaza.

—No me extraña nada, dijo el soldado Brû.

—Sólo quería avisarte, dijo Bourrelier. Adiós, me largo corriendo.

—Adiós, dijo el soldado Brû. ¡Eh!, ¿y cómo sabes tú eso?

—Me lo dijo la tía esa. Adiós.

—¡Escucha!, ¿sabes cómo se llama?

—Pues no.

—¿Y la otra?

—Tampoco. Pero no tienes más que mirar el nombre en la tienda cuando pases por delante. Adiós. Al final me voy a perder la sopa Dubarry.

—Adiós, dijo el soldado Brû.

—Entonces, ¿con quién se va a casar usted, señor Brû?

—¿Acaso yo lo sé?, dijo Valentín tranquilamente.

—Estas cosas se suelen saber.

Se había quedado allí, de pie junto a él, con sus 18 años y todo lo que había aprendido en el Café de los Amigos.

—En principio, respondió esta vez Valentín, con, vaya, con alguien de quien ni siquiera sé cómo se llama, aunque es verdad que hasta me he olvidado preguntar cómo se llama esa persona que está destinada para mí.

—Tal vez tenga un nombre ridículo, dijo Armandine.

Se rieron juntos. Ya había terminado de beber y de pagar, pero seguía allí sin dar muestras de querer irse.

Didine se sentó a su lado. El café se había quedado vacío, el patrón había bajado a la bodega para manipular sus bebidas, la madera muerta de las mesas desprendía olor a tabaco, a anís y a vino. Brû examinaba el vaso que había contenido su vino blanco con sifón. Sentía la cabeza algo calenturienta y su rostro expresaba una inexpressión total.

—¿Es una comerciante?, preguntó Didine.

—Eso parece. Quiere pescarme y casarse conmigo.

—Entonces ella le conoce a usted.

—Eso parece. Vaya, otra cosa que olvidé preguntar a Bourrelier.

—¿Pero ni siquiera se hace una idea de quién pueda ser?

—Sí. Es una mercera de la rue Gambetta, poco antes de llegar a la rue Jules-Ferry. Está en mi camino para ir del cuartel al curro, pero nunca me he fijado.

—*Oh là là!* Exclamó Didine. Ya veo. Es la señorita Ségovie.

—¿La conoces?

—Ya lo creo. *Oh là là.*

Brû sonrió amablemente y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Es una catástrofe?

Didine se sobresaltó, se tapó la boca con la mano y se ruborizó.

—¿Qué pasa?, preguntó Brû.

—Le pido perdón. No quiero decir nada malo de nadie. Y tampoco quiero burlarme de nadie.

—No te has burlado de nadie, Didine, y tampoco has dicho nada malo de nadie.

—No, pero iba a hacerlo.

—Todavía no estoy casado con esa señorita, ¿cómo dices que se llama?

—Ségovie.

—Eso es español.

—No sé.

—Dime todo lo que tú sepas.

—¿No se enfadará?

—Si ella se informa sobre mí, también yo puedo informarme sobre ella.

—Por supuesto.

—Pues dime.

—No me atrevo.

—Venga. Dime de una vez.

—¿Seguro que no se va a enfadar conmigo?

—Lo juro.

—Bueno...

—¡Adelante!

- Pues bien, que es una solterona.
—¿Y qué más?
—Pero una solterona de verdad. Con cuarenta o cincuenta tacos.
—Eso es mucho.
—Hombre, no es lo que se dice una jovencita.
—¿Y qué más?
—No me atrevo.
—¡Venga!
—Que no es una verdadera señorita.
—¿Qué quieres decir?
—Al parecer amaba a un tipo y lo mataron en la guerra.
—¿En qué guerra?
—En la de los monumentos a los muertos. No fue ayer precisamente. Luego no quiso casarse.
—Es más bien una historia triste, dijo Valentín.
—Pues sí. Hay que reconocerlo.
—¿Y cómo es ella? Tú la conoces de vista, ¿no?
—Claro. Algunas veces voy a comprarle cosillas. Es divertida, tiene unas salidas que uno no imagina en una comerciante, incluso casada; chistes verdes, como esos que cuentan ustedes los militares. Yo la encuentro un poco locatis, con todo el respeto, señor Brû.
—No te preocupes. Pero ¿qué pinta tiene?
—Ya se lo he dicho. No es precisamente joven.
Brû la miró.
—Tú sí eres joven, ¿no?
—Naturalmente que soy joven. Puedo enseñar mi partida de nacimiento.
—¿Y tú cuándo te casarás?
—Cuando las ranas críen pelos.
—Algunas ya los tienen.
—Vaya, señor Brû, con ocurrencias como esa conquistará muy pronto a la señorita Ségovie. Pero tendrá que subirlas

de tono. ¿Otro vino blanco con sifón, señor Brû?

—No, gracias, me voy.

—Se está tomando su tiempo.

Brû sonríe y se levanta.

—Adiós Didine. Volveré.

—Seguro, señor Brû. Seguro.

En la esquina de la rue Gambetta se para, no sabiendo qué hacer. Tenía intención de ir a cenar a los Gourmets Fameux, pero entonces tendría que pasar por delante de la mercería en cuestión. Indeciso, no sabía qué hacer y se sentía muy desgraciado. Sus vinos blancos con sifón no le habían infundido ningún ánimo. Finalmente dio media vuelta. El patrón de los Amis fumaba en el umbral de su puerta; le hizo una señal con la mano a Valentín y éste le respondió. Un poco más allá estaba el restaurante Belvédère Fleuri, pero Brû no se atrevió a entrar pensando en el precio probable. Les Routiers eran muy ruidosos; así que escogió el Bifteck Comme À Paris, que sería sin duda un poco caro, pero qué le vamos a hacer. Un día es un día. Pero estaba a punto de entrar cuando da marcha atrás y se aleja en sentido contrario. Pasa de nuevo por delante del Café des Amis, y el patrón, que sigue fumando, le mira con curiosidad. Brû le hace una señal con la mano, y el patrón le responde con una voz grave:

—Va a hacer una bonita tarde.

—Cojonuda, responde Valentín educadamente.

En la esquina de la rue Gambetta da la vuelta en sentido contrario a la mercería, rozando las salchichas que colgaban en la carnicería. Con paso rápido, desciende en dirección a la parada del bus. No cenaría. Luego deambularía por Burdeos, sin rumbo, arrastrando los zapatos. Bien entrada la noche, vuelve al barrio. Se detiene a unos pasos de la mercería. Está cerrada. Una débil luz amarillenta permite ver muestrarios de botones más bien tirados que expuestos,

discos de cintas apilados en un equilibrio inestable.

A la derecha había una bobina de hilo blanco; a la izquierda, una de negro. Por todas partes objetos diversos: agujas de coser, pinzas de pantalones, un pequeño destornillador de máquina de coser, ligas, un pañuelo estampado sobre el que se podía ver el Mont-Saint-Michel. Y, como lo podía ver, Valentín lo vio y pensó que era un lugar para haber visto. De Francia sólo conocía Roanne, Clermont-Ferrand, Marsella, de donde se sale para Madagascar, y Burdeos, adonde se vuelve. No tenía ningún recuerdo de Vésinet, de cuyos encantos le habían arrancado a la edad de 2 años, y lo lamentaba. Algún día quizá se convertiría en turista. Entonces iría a ver algunos lugares célebres, y, naturalmente, el campo de batalla de Jena.

Dio dos pasos atrás para leer lo que había escrito. Lo leyó sin dificultad; era una simple y única palabra: «mercería». Sobre el cristal de la puerta descifró un nombre: «Ja Ségo-vie», seguido de una rúbrica. ¿Qué nombre femenino empieza por una J y termina en una a? Valentín no encontraba ninguno.